

## **“El G-20”**

### **Entrevista de José Nun a Jorge Argüello**

José Nun: Muy buenas noches. Hoy tenemos que hablar del G-20. Hay dos razones específicas y una general para hacerlo. La razón específica más inmediata es que, como muchos de ustedes saben, a fin de año, por primera vez, el G-20 se va a reunir en nuestro país y la Argentina va a ocupar la presidencia de este organismo internacional. La segunda razón es la aparición del primer libro en castellano que se ocupa de este tema, obra del Dr. Jorge Argüello. El título del libro es *¿Quién gobierna el mundo? El rol del G-20 en el nuevo orden mundial*.

El tercer motivo es más general: examinar cómo se está configurando este nuevo orden mundial, cuáles son las tensiones, cuáles son los conflictos reales o potenciales, y de todo esto vamos a estar hablando, nada más y nada menos, que con el autor del libro que acabo de mencionar, porque tenemos con nosotros a Jorge Argüello. Hola, Jorge.

Jorge Argüello: Hola. Un gusto estar en tu programa, Pepe.

JN: Muchas gracias. Les quiero contar que Jorge Argüello es abogado, fue diputado nacional y convencional constituyente, representante permanente ante las Naciones Unidas, embajador en Portugal y luego en Estados Unidos, y combina una amplia experiencia política con una larga experiencia diplomática. Este es uno de los temas que me va a interesar abordar con él: la relación entre política y diplomacia. El G-20 es un organismo internacional creado en 1999 como respuesta a la crisis asiática de 1997 y sus secuelas. Fue imaginado como un foro para la comunicación estratégica entre los países desarrollados y los países emergentes, con diecinueve miembros (no veinte). El vigésimo miembro es la Unión Europea.

Estos veinte elementos que componen el G-20 dan cuenta de dos tercios de la población mundial y de tres cuartas partes del producto bruto interno global. Hay exclusiones notables, sin embargo: no están representados los países nórdicos, y por algún motivo que Jorge seguramente nos va a poder explicar, tampoco está representada España. Nosotros, en un programa anterior, con Roberto Russell, hablamos de la trampa de Tucídides. La trampa de Tucídides tiene que ver, precisamente, con lo que planteaba este primer gran historiador en el siglo V a. C., en el curso de las guerras del Peloponeso entre Atenas y Esparta. Por suerte para la posteridad, fue herido, tuvo que retirarse y pudo escribir esta historia.

¿Cuál es la llamada “trampa de Tucídides”? La idea de que si hay una potencia dominante y se tiene que ver con una segunda potencia que comienza a crecer y a alcanzarla, es casi inevitable una confrontación, una guerra, como sucedió entre Esparta y Atenas. Muchos años después, Graham Allison, profesor de Harvard, hizo un estudio muy importante, analizando los últimos quinientos años y tratando de determinar situaciones análogas a las que había considerado Tucídides. Él y sus colaboradores aislaron dieciséis casos. De estos dieciséis casos,

doce terminaron en guerra. Introduzco el tema no solamente porque lo tratamos en un programa anterior sino porque una de mis preguntas-guía va a ser hasta dónde organismos como el G-20 están en condiciones de liberarnos de la trampa de Tucídides; hasta dónde, también, las corporaciones transnacionales son ajenas al funcionamiento de estos organismos.

Dicho esto, le paso la palabra a Jorge Argüello para que nos haga un breve bosquejo histórico del G-20.

JA: En primer lugar, yo pondría: “Composición. Tema del día: ‘El G-20 es hijo de las crisis financieras’”, algo que acabás de insinuar con claridad, y ciertamente pienso que es así. Para poder hablar de la génesis del G-20 es preciso remontarnos a bastante antes de 1999, que es, como bien decías, cuando se formaliza el G-20 como entidad. Yo me iría hasta 1973, cuando el mundo era otro: Nixon era presidente de los Estados Unidos, la potencia hegemónica por excelencia, dueña y depositaria de las reglas que regían el sistema de decisiones globales, y además dueño de la emisión de los dólares. Recordemos que un par de años antes Nixon había abandonado el patrón oro, con lo cual la moneda de reserva pasa a ser el dólar, con todo lo que implica tener la potestad de imprimir dólares a voluntad, sobre todo manejar la tasa del tesoro de los Estados Unidos y los flujos de fondos internacionales.

El mundo estaba en una suerte de *stangflation*, es decir estancamiento con inflación, porque estábamos todavía atravesando la crisis petrolera. Los oyentes que tengan suficiente edad recordarán que a comienzos de la década de 1970 los países árabes pusieron en marcha lo que se llamó “embargo petrolero”, haciendo una especie de *lock-out* con el precio del crudo, que se disparó, y a partir de esto el mundo entró en una etapa de alta inestabilidad. En este contexto se juntan un día, en abril de 1973, en la biblioteca de la Casa Blanca, cuatro personas: el ministro de Finanzas del Reino Unido, el de Alemania (que entonces era la Occidental), el de Francia y el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos. Ahí se forma, para empezar a jugar con las letras, lo que entonces se va a conocer como el G-4, pero también se lo llamó “The Library Group” (“Grupo de la Biblioteca”). Hubo una serie de reuniones donde estos cuatro funcionarios de estas cuatro potencias regularmente se juntaban en la biblioteca de la Casa Blanca, en Washington. ¿De qué hablaban? De la crisis, de las distintas alternativas y circunstancias que sacudían el tablero internacional.

A los tres años, el G-4 se había convertido en G-7, porque se había incorporado Japón, que era una potencia emergente que, por cierto, escapó a la tesis de Tucídides y no llegó a ningún tipo de confrontación, sino que desvaneció su impronta, aparentemente poderosísima en un principio, y ha pasado un rango que si bien no es de segundo nivel, ha perdido la envergadura que parecía tener en aquel momento. También se suman Italia y Canadá, y se conforma lo que hasta hoy se conoce como el G-7. El G-7 es la sigla que resume a las siete

potencias económicas que acabo de mencionar: Estados Unidos, el Reino Unido de Gran Bretaña, Francia, Alemania –ahora unificada–, Japón, Italia y Canadá.

Con los años, el G-7 se coinvierte en G-8, con la incorporación de Rusia. Como ustedes saben, a partir de la crisis de Crimea, fue sancionada y separada del G-8, con lo que volvió a ser el G-7. Así llegamos a 1999, que fue la fecha que vos marcaste como el inicio del G-20. Llega un momento en el que el G-7, como bien decías, atraviesa una década de crisis financieras: la mexicana, o del “Tequila”, en 1994; las crisis asiáticas, en Tailandia, Indonesia y Corea del Sur, en 1997; la crisis rusa, en 1998; la crisis brasileña, en 1999, hasta llegar al “premio máximo”, que fueron las crisis de Turquía y la casi terminal de la Argentina, en 2001.

Estas crisis determinan que aquel “Library Group”, que estaba preocupado por otras cuestiones que sacudían al mundo financiero y que luego pasó a ser el G-4 y fue extendiéndose con los años, da lugar al G-20, que en realidad no es una institución sino un proceso intangible, que no tiene presidencia ni autoridades ni presupuesto ni sede: es un ámbito de convergencia donde diecinueve países más la Unión Europea convergen en una mesa para analizar las cuestiones que hacen a la agenda internacional más caliente del momento.

(Intervalo musical)

JN: Estamos conversando con Jorge Argüello acerca del G-20 y de sus orígenes. Inicialmente, el G-20, como veníamos de escuchar, se organiza como un foro de reunión de los ministros de Finanzas y de los presidentes de los Bancos Centrales de los países involucrados. ¿Por qué esos países?

JA: El G-7, como veníamos viendo, parecía autosuficiente hasta 1999. Era tal su potencial económico que tenía la posibilidad cierta de pilotear las sucesivas crisis sistémicas que se originaban en los países de la periferia, pero su misión principal era preservar los intereses del centro, los del Norte, los de las economías desarrolladas. Hace poco estuvo en la Argentina Paul Martin, que fue primer ministro de Canadá, pero en 1999 era ministro de Finanzas. Paul Martin se reúne con Larry Summers, el secretario de Tesoro de los Estados Unidos. Ellos toman la decisión de ampliar la mesa del G-7, incluyendo al mundo emergente. Así deciden la constitución del G-20. El G-20 no es sino un listado arbitrario de países, de muy difícil explicación y justificación. Hay una frase que se usó en el documento original que me parece que nos puede dar la pista de por qué se fue eligiendo a determinados países. Ellos hablan de la necesidad de incorporar a países que tengan impacto sistémico, es decir que tengan la capacidad de influir en su entorno regional, y si uno piensa que en América Latina hay tres países: México, Brasil y la Argentina, que rápidamente pueden decir que encajan en la descripción, esta explicación me cierra, porque son tres países que tienen impacto sistémico en la región. No es

baladí lo que pasa en estos países, que tienen una voz y una presencia que puede liderar otras situaciones. Así se constituye la mesa del G-20. Por África hay un solo país, que es Sudáfrica, y a lo largo de estos veinte años se van incorporando otros países y la Unión Europea.

Yendo a tu reflexión inicial, España se queja y pide estar, porque su producto bruto no le amerita, y se le contesta que ya está representada en la Unión Europea. España plantea entonces los casos de Italia, Alemania, Gran Bretaña y Francia, y se convierte en una especie de invitado permanente. Por eso el Reino de España participa de todas las cumbres que se realizan, aunque no es titular de la membresía plena. Los países del G-7 participan individualmente, pero a la vez el G-7 no se ha desarticulado, de manera tal que yo creo que es fácilmente deducible que dentro del G-20, por la forma en que está estructurado, hay como dos bandos: está el bando de los “rulemakers” y el de los “ruletakers”, es decir, el grupo de países que hacen las normas –y normalmente las hacen a su medida– y el grupo de países que siguen o acatan las normas.

¿Por qué pasa esto, si en realidad los “rulemakers” son solo siete y hay otros trece países? Porque los otros trece países, por limitaciones estratégicas o por falta de liderazgo, han sido incapaces de vertebrar una agenda que represente los intereses del mundo emergente para sentarse de consuno a esa mesa de acuerdos.

JN: Esto no es una novedad total, porque la OMC, la Organización Mundial de Comercio, tiene 140 miembros con derecho de voto, pero desde que existe jamás se tomó una votación, justamente porque los grandes jugadores corrían el riesgo de ser superados numéricamente por los otros.

JA: En el fondo, hay una relación de poder, y en esa relación de poder, los que están mejor organizados y son más fuertes se imponen sobre el resto. El gran desafío del mundo emergente y de América Latina en particular es tener líderes nacionales que sean capaces de visualizar esta situación y contribuir al armado y el diseño de una agenda de prioridades que tenga en cuenta los intereses propios.

El G-20 funciona, entonces, a partir de 1999, a nivel de los ministros de Finanzas o gobernadores de los Bancos Centrales, hasta que llega una crisis nueva, que ya no es una crisis que se origina en una periferia y que es contenida desde el centro, sino que explota en el corazón mismo del Norte, en el centro. Explota en Wall Street, que es el centro de las hipotecas *sub prime*. Esta nueva crisis financiera internacional habrá de cambiar el juego del G-20. A partir de 2008, George Bush convoca a los jefes de Estado para que también participen de las reuniones del G-20.

JN: Hay una anécdota interesante. En ese año 2008 se inauguró un edificio de la famosa London School of Economics, y asistió la reina Isabel II, quien le preguntó a uno de los profesores:

“¿Cómo es que ustedes no vieron venir esto que está ocurriendo?”. El profesor le contestó: “Usted sabe, señora, que en cada etapa alguien confía en otro y cada uno hace lo que cree que es correcto”. Ella le dijo: “Pero eso es horrible”. Tenía, por otra parte, un interés personal, porque la casa Windsor perdió 47 millones de dólares en esa crisis.

Lo interesante que me parece como para marcar es que había muchas advertencias. No es que no las había. En el contexto de la crisis que acabás de mencionar, la de 1999, una revista financiera muy tradicional, *Euromoney*, sacó un editorial que decía que el mundo enfrentaba la peor crisis desde 1930, y nadie tenía una solución para los problemas; menos que nadie, el Fondo Monetario Internacional. Lo curioso e interesante es que el Fondo Monetario Internacional produjo dos informes en los que advertía que el mundo económico se le estaba yendo de las manos. Reconocían lisa y llanamente que no entendían la dinámica del nuevo sistema que estaba surgiendo, y que esto hacía que los reguladores fueran superados por las instituciones financieras. Las instituciones financieras creaban tal cantidad de productos dada la revolución tecnológica e informática que les permitía acelerar exponencialmente los tiempos, dada la incorporación de matemáticos y de ingenieros al habitual staff de economistas, que el Fondo Monetario reconoce que los reguladores estaban quedando atrás de las instituciones financieras. Esto presagiaba algo muy malo, tanto que en febrero de 2008 Nouriel Rubini, profesor de Economía, se dirige a la Cámara de Representantes, y le dice que hay un riesgo inmediato de derrumbe financiero sistémico, pero no lo escuchan. Después que se produce el derrumbe, uno de los economistas más respetados del mundo, Paul Samuelson, premio Nobel de Economía, escribe un párrafo imborrable: “Los neoliberales a ultranza no solo son discapacitados emocionales; también son malos consejeros”, como para abrir paraguas.

En este contexto de derrumbe va a ocurrir algo casi misterioso: todos esperábamos que esta crisis acabaría con el neoliberalismo. Colin Crouch publicó un libro con un título más que sugestivo: *La extraña no muerte del neoliberalismo*. La pregunta, Jorge, es: ¿Qué papel juega en esto en ese momento el G-20? Vamos a reservar tu respuesta y tus comentarios para el próximo bloque.

(intervalo musical)

JN: Estamos hablando con Jorge Argüello acerca del G-20 y del libro que acaba de publicar sobre este tema. Te dejé una pregunta picando.

JA: Mencionaste en la presentación de la pregunta un concepto que me parece que es la clave para entender lo que pasó en 2008. Esa palabra es “regulación”. En realidad, lo que el neoliberalismo imperante en esos años hizo fue desregularlo todo. En Estados Unidos, después de la crisis de 1929, se sancionó una ley, la Steagall-Glass Act, que es la ley que regula la

actividad financiera. Esta ley fue derogada nueve años antes de la crisis de 2008 por el presidente Bill Clinton.

JN: La ley se promulgó en 1933, de resultas de la depresión.

JA: Exactamente. Fijate qué sintomático. A fines de los noventa se elimina la ley y nueve años después explota la burbuja financiera en Wall Street. En realidad, la consigna era desregular para facilitar el camino de la colocación de los productos que todos los días se inventaban. No es que todos los días se inventaba un nuevo producto y que esos productos desbordaban la capacidad regulatoria del Estado, sino que el Estado decidió la no regulación, seguramente influido por los productos financieros que todos los días nacían, y esta falta de regulación genera un descontrol y luego una burbuja que termina explotando en la mano de los dueños de este poder central en el corazón de Manhattan.

JN: Quiero hacer dos acotaciones. La primera es que esa ley de 1933 diferenciaba entre los bancos comerciales o de depósitos y los bancos de inversión, o sea que los fondos depositados en un banco corriente no podían ser usados para inversión especulativa.

La segunda observación tiene que ver con algo más general, que creo que les puede interesar a nuestros oyentes: ¿por qué hay tres instituciones, básicamente, que exigen ser reguladas? Una de esas instituciones son los bancos, que manejan dinero del público y por eso tienen que ser regulados. Otra son los fondos de pensión, porque administran dinero de los trabajadores. La tercera institución son las aseguradoras, porque aseguran riesgos para responder en el largo plazo, y hay que ver si tienen los recursos adecuados para hacerlo. En la crisis de 2008, con esta reducción de los controles de la que hablaba Jorge, la meta de Bush era la desregulación total. Uno de los fenómenos que ocurrieron es que uno de los cuatro bancos de inversión más importantes de los Estados Unidos, Lehman Brothers, quebrara, pero lo que es más significativo es que hasta el día anterior a la quiebra de Lehman Brothers, las calificadoras de riesgo, que después se descubrió que estaban absolutamente en contubernio con las grandes corporaciones, le habían asignado la calificación más alta. De la misma manera, después que Lehman Brothers cae, se derrumba AIG, la aseguradora más grande de los Estados Unidos y del mundo, que por la falta de controles comenzó a dedicar grandes inversiones en mercados financieros. Esto es parte de la “economía casino”, que lleva al desastre de 2008, y sin embargo no conduce al abandono del neoliberalismo.

JA: Esto fue puesto en marcha por la administración Clinton. No es un problema de republicanos o demócratas, sino que es un problema de concepción respecto de cómo debe ordenarse esta cuestión. Es la administración del presidente Obama la que después termina

revirtiendo esta situación de ausencia de regulación y de alguna manera repone la Steagall-Glass Act.

JN: Lo que pasa es que Clinton respondió también a un clima de época, porque desde los años setenta comienza una feroz campaña neoliberal contra los Estados de bienestar, contra las regulaciones, contra los controles, y a esto no pudo resistirse su gobierno, que, por otra parte, no tenía nada de reformista.

JA: Además hay algo que vos mencionaste al pasar y que es sustantivo: a medida que el mundo se globaliza y que las reglas de juego van cambiando, cada vez son menos relevantes las capitales nacionales para la toma de decisiones, y su lugar pasa a ser ocupado gradualmente por los capitales globales. Las capitales nacionales son desplazadas porque los capitales globales tienen más incidencia sobre el decurso de las cosas.

JN: Por eso hay que revisar la misma palabra “lobbista”, porque *lobby* quiere decir “corredor, pasillo”. Los lobbistas recibieron este nombre porque eran representantes de las empresas que esperaban a los políticos y a los funcionarios en los pasillos para tratar de influir sobre ellos. Hoy en día están dentro de los despachos, no en los pasillos, es decir que es medio absurdo seguir hablando de lobbistas.

(intervalo musical)

JN: Estoy conversando con Jorge Argüello acerca del G-20 y su próxima reunión en nuestro país. Ha habido siempre una discusión –“siempre” digo desde 2008, por lo menos– y es si el G-20 complementa a las Naciones Unidas o si es un competidor de las Naciones Unidas. En este segundo caso, lo que se acentúa es que el G-20 no tiene 193 miembros, como las Naciones Unidas. Entonces, ¿de qué se trata? De la eficacia de lo que puede hacer el G-20 frente a su falta de legitimidad, o tiene legitimidad porque es la otra cara de las Naciones Unidas, más expeditiva?

JA: El G-20 no es una cara más de las Naciones Unidas. Yo estuve trabajando en las Naciones Unidas como embajador durante cinco años y medio. Conozco bastante: después de cinco años uno aprende a entender cómo funciona el sistema de toma de decisiones. En este contexto, me parece que la mejor respuesta que puedo darle a tu pregunta es contarte una anécdota con la que arranco mi libro *¿Quién gobierna al mundo?* Es una anécdota personal: en 2008 estuve en la primera reunión de jefes de Estado y de Gobierno a la que había convocado el presidente George W. Bush. Me trasladé desde Nueva York a Washington para ser parte de la delegación

argentina, que encabezaba la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. A los dos días regreso a Nueva York, voy a la reunión de la Asamblea General, y ahí me encuentro con un debate que nadie sospechaba que se iba a verificar. Distintos colegas embajadores, de distintos países y de distintas regiones, pedían la palabra para protestar, y pedían que se les respondiera por qué en todas partes del mundo se hablaba de la cumbre del G-20, cuando allí estaba reunido el G-192, donde cada país tiene un voto y es el lugar donde naturalmente pueden encauzarse los tópicos que conforman la agenda del G-20, que está restringida a veinte actores y que se había reunido dos días antes en Washington. Digo “G-192” porque en ese momento todavía no habíamos votado el nacimiento de un nuevo país, Sudán del Sur. Hoy, como bien decías, los países miembros de la Asamblea son 193.

Cuando yo escuché aquel debate, me puse a hacer la cuenta de cuántos eran los países quejosos: 172, que eran los que estaban afuera, y esto tiene que ver con lo que decía hace un rato: que en el G-20 haya esa cantidad de miembros es algo arbitrario. Es un ejercicio de reconocimiento recíproco: veinte actores deciden que el número es veinte, y que los miembros son Fulano, Zutano, Mengano y Perengano, y no todos los otros que podrían ser. Lo que pasa es que estos veinte resumen el 85 % del producto bruto mundial, las dos terceras partes del comercio planetario y el 75 % de la población del mundo. Digamos entonces que hay una cuestión de poder claramente planteada.

JN: Hay que señalar a los oyentes que China y Rusia son parte del G-20.

JA: Entonces, ¿qué es lo que sucede con las Naciones Unidas? Mi opinión, y esto es lo que trato de desarrollar en el libro, es que el orden de la posguerra (Bretton Woods, la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad, y cuando digo Bretton Woods incluyo el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT, que se convierte luego en la OMC) está compuesto por instituciones que van siendo desbordadas por la realidad y que son incapaces e insuficientes para dar las nuevas respuestas que la nueva realidad está reclamando. Entonces, ahí aparece de hecho y de derecho: de hecho, aparece algo que se llama G-20, que no es otra cosa que una instancia absolutamente transicional, que en pocos años iba a dejar de existir. Pero el año pasado, en la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de Hamburgo, se podía hablar de “G-19 más 1”, porque el G-20 venía decidiendo todo por unanimidad desde su constitución en 2008 a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno. Sin embargo, el año pasado, en la cumbre de Alemania, a partir de la cuestión del cambio climático, Estados Unidos se separa y los pronunciamientos se van tomando con distintos grados de adhesión: 19 + 1 fue el resultado de Hamburgo, y vamos a ver, a partir de esta embrionaria guerra comercial que el mundo está presenciando o protagonizando, qué pasa en la cumbre que se va a hacer en noviembre en Buenos Aires.



JN: ¿Qué te parece que hubiera dicho Tucídides de Trump?

JA: Yo vi todo el proceso de Trump desde adentro. Antes de vivir en Estados Unidos como embajador ante la ONU en Nueva York y ante la Casa Blanca en Washington, yo viví en mi adolescencia en Estados Unidos, pero no en Washington ni en Nueva York sino lo que los norteamericanos llaman “the deep U.S.”, el Estados Unidos profundo. Yo estudié en Indiana, un “farmer state”, un estado del medio oeste, donde probablemente Donald Trump ha sacado la mayor cantidad de votos a su favor, donde todo el mundo sabía que aunque perdiera a nivel nacional Trump iba a ganar. Es un estado conservador, cristiano, donde hay pocos negros y pocos latinos. Son los “blue collar”. En estos estados era fácilmente perceptible el hartazgo que había con el *establishment* político de los Bush y los Clinton, este “tomala vos, dámela a mí” del juego del poder en Estados Unidos.

JN: E incluso después de ellos, con Obama.

JA: En efecto. Yo estuve viviendo eso y de alguna manera llega este hombre a la presidencia de los Estados Unidos contra todos los pronósticos. Me mudo a Estados Unidos en 2007. Cuando llego, en vísperas de las elecciones de 2008, si de algo no había ninguna duda era que Hillary Clinton iba a ser la próxima presidenta de los Estados Unidos.

JN: Hay algo que la ciudadanía en general no toma en cuenta, y es el papel que juegan las leyes electorales. En votos, la elección la ganó Hillary Clinton, pero en los Estados Unidos existe un sistema electoral por el cual el que gana un estado gana todos los votos de ese estado en la Junta Electoral.

JA: En 2007, todas las encuestas señalaban que Hillary le iba a ganar a Obama, pero pasó lo contrario. Estaba dentro de lo posible; no causó la conmoción que causó la inesperada victoria de Donald Trump sobre Hillary Clinton. El sistema de conteo tiene una incidencia real; esto que decías es muy cierto, pero de todas maneras el dato de la realidad es que si no hubiera sido presidente hubiera tenido la mitad de los votos del electorado norteamericano. Esto está queriendo señalarnos algo. Si uno toma a Donald Trump en Estados Unidos, el Brexit en el Reino Unido, estas amenazas de confrontación que se están viviendo entre tres actores centrales, que son China la Unión Europea y los Estados Unidos, es fácil asociar este desmadre de la situación con la falta de capacidad de las instituciones de la posguerra, que están caducas y terminadas.

Como dice Jorge Luis Borges en el “Poema de los dones”, que escribió cuando ya estaba ciego y dirigía la Biblioteca Nacional, a fines de los años cincuenta: “Exploro con el báculo indeciso mi andar por las lentas galerías ciegas”. Con el bastón iba tanteando, pero no sabía por dónde iba. Mi impresión es que el orden mundial está explorando y tanteando con el bastón impreciso –valga la hipálage– hacia dónde vamos. Tenemos una certeza: venimos de un orden establecido en la posguerra, y tenemos una incerteza: no sabemos cómo va a ser el nuevo orden. En el medio aparece el G-20, que ahora tiene una responsabilidad: demostrar si será capaz de seguir siendo una herramienta de transición. ¿Por qué digo esto? El G-20 se generó para arreglar o prevenir las crisis financieras mundiales, pero ahora la amenaza principal son las guerras comerciales y no las crisis financieras. El G-20 tiene que convertirse en un actor político capaz de conducir la situación de preguerra comercial que el mundo está viviendo, porque la OMC no puede. La OMC forma parte de ese orden superado. Fijate que la cumbre ministerial de la OMC que se reunió en Buenos Aires en diciembre pasado no pudo sacar un documento único.

JN: A la vez están quienes afirman que el G-20 actúa como punta de lanza de una organización como la OCDE, que viene luchando desde hace muchos años por ser la coordinadora impositiva mundial, lo cual no logró, pero en cambio, vía el combate a la evasión, el G-20 le allanó el camino y ahora la OCDE controla impositivamente las decisiones más generales en el mundo. Al mismo tiempo, gracias al G-20, se ha impuesto algo muy negativo, por ejemplo, para nosotros, que es el arbitraje internacional obligatorio entre países. ¿Por qué digo que es muy negativo para nosotros? Porque afecta al capital nacional. El capital nacional no tiene la ventaja del arbitraje al cual pueden apelar las grandes empresas amparadas por sus países.

JA: Dejame que vuelva a algo que ya comentamos. En realidad, lo que en el fondo hay es un juego de poder y un vértice más poderoso, que está conformado por las economías del G-7. Lo que me parece es que en este juego que estamos viviendo ahora en el mundo, donde la OMC ya no es capaz de ordenar este conflicto comercial en el mundo teniendo en cuenta lo que vos mencionabas, que China, Rusia, la Unión Europea y Estados Unidos son miembros del G-20, el G-20 tiene por lo menos el desafío de ordenar políticamente las nuevas reglas del comercio internacional, poniendo en la balanza también la situación del mundo emergente. El otro día estaba leyendo un informe muy interesante, que muestra que Estados Unidos cada año le vende más soja a China. Cada año, sin embargo, la soja norteamericana tiene una incidencia menor en el porcentaje de soja que China compra, lo cual quiere decir que hay otros actores que están creciendo en el mercado chino. Brasil es uno y la Argentina es otro.

Nosotros tenemos que estar atentos a cómo el G-20 toma la cuestión de la guerra comercial en el mundo en ciernes, porque no sea cosa que termine habiendo un acuerdo entre China y Estados Unidos para mejorar los términos de participación de la soja norteamericana en

el mercado chino, y el costo lo vamos a pagar los países emergentes, que somos los proveedores principales de esa materia prima en China. Este es un tema que hay que abrir de la misma manera: ¿China está llamada a reemplazar a Estados Unidos y a llevarnos a una reprimarización a ultranza a los países que pertenecemos al mundo emergente? Hasta ahora pareciera que sí: nos compran mucha materia prima y nos venden muchos productos elaborados. Si no hay una estrategia de los países emergentes que están sentados en la mesa del G-20, difícilmente podamos remontar esta situación. Lamentablemente México, Brasil y la Argentina no coordinan. Vamos a llegar, si seguimos así, a una situación de ausencia de agenda compartida de prioridades a la hora de esta discusión, y esto no es bueno. Es malo, porque nos aleja a todos de la posibilidad de meter la cuchara en el dulce de leche.

JN: Uno de los propósitos de este programa fue contribuir a que ahora, cuando se realice la reunión de los Jefes de Estado del G-20 en Buenos Aires, la ciudadanía no asista pasivamente sino que sepa cuántas cosas hay en juego y que no están los más sabios del mundo reunidos ahí para beneficio de todos. Están defendiendo intereses cada día más complicados. Por eso recomiendo como lectura de base el libro que acaba de sacar Jorge Argüello, *¿Quién gobierna el mundo? El rol del G-20 en el nuevo orden mundial*. La editorial es Capital Intelectual.

Muchas gracias, Jorge, por haber venido.

*Desgravación del programa "Tenemos que hablar" número 47 – 28 de mayo de 2018*